

TECNOLOGÍA, CULTURA Y CIUDADES. UN APORTE CONCEPTUAL DESDE LOS IMAGINARIOS SOCIALES

TECHNOLOGY, CULTURE AND CITIES. A CONCEPTUAL CONTRIBUTION FROM SOCIAL IMAGINARY

Paula Vera

CECUR / Centro REDES / UNQ / CONICET

paulavera.arg@gmail.com

Resumen

Este trabajo busca aportar una reflexión teórica desde la perspectiva de los imaginarios sociales como posible matriz de análisis de los procesos culturales que implican a las tecnologías. Asimismo, se propone una vinculación para abordar la problemática de la ciudad y la tecnología como objetos materiales y simbólicos que forman parte del mismo proceso de construcción social. Se considera que la convergencia entre los imaginarios sociales y los estudios culturales resulta fecunda al momento de indagar diversos fenómenos vinculados con lo urbano y lo tecnológico. En este sentido, se proponen diversas categorías para operacionalizar los conceptos trabajados tomando como referencia los imaginarios tecnológicos.

Abstract

This work seeks to contribute a theoretical reflection proposing the perspective of the social imaginary as possible matrix of analysis of the cultural processes that involve technologies. Also, I propose some links to approach the problematic of the city and the technology as material and symbolic objects that form part of the social construction process. I consider that the convergence between the social imaginary and the cultural studies turns out to be fecund to investigate diverse phenomena linked with the urban and the technological

problematic. In this sense, I propose diverse categories for *operationalized* the concepts worked taking like reference the technological imaginaries. .

Palabras Clave: imaginarios sociales, tecnología, preparación cultural, ciudades

Keywords: social imaginary, technology, cultural preparation, city

Introducción¹

Cuando se entiende a la realidad como un proceso de construcción social, dinámico, indeterminado y constante, el objetivo de una investigación se orienta a develar, descubrir y comprender cómo se establecen los vínculos, las asociaciones y las creencias que hacen que la realidad se presente de determinada manera en ciertas sociedades y en cada momento. ¿Cuáles son los mecanismos a través de los cuales la sociedad establece algo como natural, como dado e inevitable? ¿Por qué una ciudad considera ciertas cosas como valiosas y no otras? ¿Cuáles son los valores, creencias y deseos que impulsan los procesos de construcción de una ciudad en determinado momento? ¿Qué sentidos acompañan el entramado material y simbólico de las tecnologías? ¿Es posible analizar los procesos tecnológicos por fuera del contexto urbano? Comprender las problemáticas urbanas contemporáneas, ¿implica necesariamente una reflexión sobre sus tecnologías? Partiendo de estos interrogantes, consideramos que los procesos urbanos y tecnológicos son indisolubles y un abordaje complejo de los fenómenos urbanos requiere también la indagación de los procesos culturales tecnológicos que ligaron a esa sociedad urbana con sus artefactos, técnicas, instituciones, valores, creencias y esperanzas.

Es posible afirmar que los lazos simbólicos y materiales entre ciudad y tecnología se fortalecieron desde la Modernidad porque ambas se consolidaron como significaciones derivadas funcionando en el mismo entramado de sentidos. La preponderancia simbólica que adquirió la técnica en la Modernidad

impactó fuertemente no sólo en los modos de construcción de las ciudades sino también en la concepción de la ciudad como artefacto. Como resultado de la relación con lo que se considera el imaginario tecnológico dominante, se ha adjetivado a la ciudad de diversas maneras. Tal es así que la ciudad moderna, en muchos casos, fue sinónimo de ciudad industrial y ciudad de la máquina. Las características de la técnica definieron los valores de la ciudad. Lo central – en sentido de significación central– de esta asociación entre ciudad moderna y tecnología puede observarse en las palabras de la Carta de Atenas donde, paradójicamente, se sostiene que: “La era de las máquinas ha introducido técnicas nuevas que son una de las causas del desorden y el trastorno de las ciudades. No obstante, es de ellas de quien hay que exigir la solución del problema” (1993: 134). Por otra parte, Mumford también expone lo sintomático de estas vinculaciones entre ciudad y tecnología: “el ambiente dominante urbano del siglo pasado [XIX] ha sido en lo principal un producto sucedáneo mezquino de la ideología maquinística” (1959: 19). Él mismo caracterizó a la ciudad moderna como *megalópolis* debido al crecimiento de la red de transportes, depositando en la tecnología moderna del automóvil uno de los factores determinantes en los procesos de transformación urbana.

Situados en el nuevo milenio, se observa que las modificaciones en el entorno mediático, tecnológico y comunicacional que describen, entre otros, Scott Lash (2005) y Pierre Levy (2007), generan nuevos modos de concebir la tecnología, la comunicación y también la ciudad. Aquí se encuentran autores ineludibles como Castells (1995), quien define la *ciudad informacional* por la articulación del espacio de los lugares y el espacio de los flujos; y a Saskia Sassen (1991) que desarrolla su teoría de *ciudad global* anclada en la nueva economía de la globalización y las tecnologías. A la lista se le suman: *Telépolis* (Echeverría, 1994), *ciudad de los bits* (Mitchell, 1995), *ciudad mundial* (Massey, 2008), entre otros. Como explica Schiavo (2004), lo informacional, lo global, lo digital o de bits, la red y lo mundial, entre otras expresiones, manifiestan diversos aspectos de las tecnologías que tienen implicancia en las políticas estatales de construcción de uno u otro modelo urbano.

El interés de este trabajo se inscribe en el contexto de la problemática urbano-tecnológica y tiene como objetivo indagar nuevos enfoques para abordar estos fenómenos.

Como punto de partida general, se sostiene que los procesos de construcción social se sustentan en el entramado de sentidos que esa misma sociedad ha venido construyendo a lo largo de su historia, y que es a partir de ellos que determinan en cada momento si algo tiene valor o no para esa sociedad.

Los imaginarios sociales conforman la trama significativa sobre la que se funda la construcción de la sociedad y de la realidad que se materializa en diversas acciones, afectos, representaciones, discursos, imágenes, objetos, instituciones, leyes y valores. Se entiende por imaginario no lo inventado, lo fantasioso o inexistente, sino aquella capacidad de crear significaciones y representaciones, es decir, la facultad del hombre de crear *su* mundo y conferirle sentido. No se trata de constatar si determinado discurso es falso o verdadero, sino de comprender cómo se generan creencias y deseos que soportan determinadas prácticas, aparatos, instituciones y subjetividades; así como en qué contexto emergen ciertas definiciones que actúan sobre el imaginario social con un efecto de verdad incuestionable. De esta manera, el conjunto de significaciones imaginarias características de cada época histórica, define, avala o condiciona aquello que tiene valor y lo que puede o debería hacerse.

Entonces, para poder reflexionar en torno a la problemática que vincula a las tecnología y las ciudades como productos materiales y simbólicos del proceso de construcción de la sociedad, resulta necesario abordar las significaciones imaginarias a través de las cuales se desarrollan las relaciones simbólicas que dan sustento de “realidad” y de “orden establecido” a las circunstancias que van modelando la materialidad, las prácticas, las subjetividades y las tecnologías en las ciudades.

A partir de estos supuestos, se profundizará en el estudio del concepto imaginario social, factible de ser considerado como la noción que nos permite conectar a las ciudades y las tecnologías en el proceso a través del cual una



sociedad va ensamblando y otorgando sentido tanto a sus artefactos como a sus modos de habitar y erigir los espacios.

A continuación se presentarán de manera sintética algunos rasgos destacados de la teoría de los imaginarios sociales con el objetivo de aportar una mirada para el estudio, por ejemplo, de la incorporación de ciertas tecnologías en las ciudades; el análisis de las miradas emergentes respecto a las tecnologías como puede ser la perspectiva de la tecnología social y su vinculación con el hábitat; el estudio de los modos de apropiación de las tecnologías en los entornos urbanos; o los imaginarios que se construyen sobre ciertas ciudades y cómo se vinculan con las tecnologías de cada época. Asimismo se abordará de manera particular la noción de imaginarios tecnológicos para proponerlos como una de las lentes posibles para emplear un foco cultural en el estudio de las problemáticas que conciernen a las ciudades y las tecnologías complementando la teoría de los imaginarios sociales con los estudios culturales.

Una aproximación a los imaginarios sociales

Desde las raíces del término *imaginario* es posible rastrear ciertas ambivalencias producto de cómo se fueron pensando la realidad, la ficción y la capacidad de imaginar. Una de las distinciones que se pueden realizar para abordar estas tensiones se centra en lo imaginario considerado como *adjetivo* o como *sustantivo*.

Por un lado, se encuentra el concepto de imaginario, derivado del latín *imaginarius*, que cumple la función de adjetivo en alusión a lo irreal o ficticio y se emplea para calificar a una realidad de inexistente o inventada. Al mismo tiempo, este sentido del término refiere a que todo aquello que pertenece al ámbito de la imaginación es ilusorio, falso y no es real. Se puede afirmar que ésta es la idea de imaginario que ha sostenido la ciencia moderna positivista desde la cual es imposible considerar cuestiones intangibles como aspectos constitutivos del mundo social, porque en ella lo real es verdadero, y viceversa.



Por otro lado se encuentra el empleo del imaginario como sustantivo, que deriva de la palabra imaginación o *imaginatio* en latín. En tanto sustantivo se lo define como la facultad de representarse imágenes, ya sea mediante la evocación de cosas existentes –mecanismo reproductor– o a través de la formación de objetos nuevos hasta el momento –mecanismo de invención o creación– (Belinsky, 2007). Desde esta perspectiva, lo imaginario no se vincula con la realidad en tanto falsa, verdadera o irreal, sino que pone en valor la facultad humana de creación e invención como constitutiva de “lo real”, de lo existente.

Las discusiones alrededor de cómo considerar el campo imaginario resurgen en el siglo XX justamente cuando desde las ciencias sociales y humanas se asume a *lo imaginario* como sustantivo, en un entorno reavivado por las ideas vinculadas al giro lingüístico.² En este contexto se destacan dos posiciones protagonizadas por Jean Paul Sartre y Gastón Bachelard como referentes. Sartre escribe dos obras referidas al tema: “La imaginación” (1936) y “Lo imaginario” (1940), donde concibe a la imaginación como un acto mágico, como irrealidad que se opone a la percepción que sería el modo de estar-en-el-mundo. La imaginación es el poder de ir más allá de lo dado en la realidad, por eso Sartre encuentra en lo imaginario la posibilidad de la realización de la libertad del hombre que puede trascender el mundo de lo dado a través de la imaginación. Por su parte, Bachelard –“La poética del espacio” (1957), “La poética de la ensoñación” (1960)– defiende la idea de una doble función de la imaginación. En un aspecto estaría vinculada a la realidad que mediante la percepción y la memoria contribuiría a que los sujetos puedan integrarse en los marcos culturales existentes. En otro aspecto, más relacionado con *lo imaginario*, destaca la facultad creativa, y quizás, más ligada a lo irreal, o a lo inexistente pero también a la capacidad inventiva que le permite al hombre transformar el mundo.

Entre los puntos de convergencia de ambas posturas se destaca lo que Belinsky (2007) define como la *apertura al porvenir* ya que en uno la imaginación es expresión de libertad y en el otro es creación. Es justamente por esa vocación al porvenir que ambos “suponen el privilegio de lo histórico



frente a lo estructural” (Belinsky, 2007: 18). Por su parte, Cabrera (2008) señala como diferencias entre los dos autores, las connotaciones positivas y negativas en relación al posicionamiento frente al término. Precisamente, Cabrera explica que Sartre piensa lo imaginario desde una connotación negativa porque considera a la imaginación como algo irreal y como un acto mágico. En tanto que Bachelard pone en la imaginación una connotación positiva al destacar la función creadora y transformadora en el proceso imaginativo (Cabrera, 2008).

Si los debates de la primera mitad del siglo XX estuvieron más enfocados en el contenido de lo imaginario, es decir, en las imágenes y representaciones; la segunda mitad quedó más ligada a la noción de ideología y a las discusiones políticas del término. Con el estructuralismo se experimenta una gran valoración de lo simbólico, como sintetizaría Lévi-Strauss, “los símbolos son más reales que lo real que simbolizan” (Mauss, 1979: 28). Sin embargo, como explica Belinsky (2007), se reduce el campo de lo simbólico imaginario a ser un reflejo de las creencias que sustentan la vida social. Siempre puesto en tensión entre lo real y lo ficticio, es finalmente Castoriadis (2003) quien genera una torsión en las discusiones al proponer lo imaginario como condición de lo posible o lo imposible, lo verdadero y lo falso, lo que vale y no vale para una sociedad en un momento determinado. En contraposición a la teoría estructuralista, Castoriadis publica en 1975 “La institución imaginaria de la sociedad”.³ Con esta obra logra dar forma a su teoría sorteando los diversos determinismos que se venían sosteniendo en torno a lo imaginario. Por un lado postula la idea del imaginario social como potencia de creación social, lo cual genera un proceso de co-construcción entre lo que se presenta como real y lo que funciona en el campo imaginario. De esta manera deja de lado las oposiciones entre real/ficticio, posible/imposible, individuo/sociedad, considerando que todos esos elementos están implicados en el mundo social y ninguno es reductible al otro. También se distancia de la idea de lo imaginario como imagen y reflejo de algo.

Castoriadis (2003) se opone a la determinación estructural y deposita en lo histórico la clave de entendimiento de ese proceso de construcción de la sociedad, de sus valores, creencias y deseos. Esta característica particular de



su perspectiva de análisis del mundo social resulta estratégica para comprender las vinculaciones entre ciudades y tecnologías, precisamente porque permite dar cuenta de los procesos de construcción social a partir del despliegue del entramado de asociaciones simbólicas y materiales constitutivas de la cultura urbana y tecnológica. Esto se debe a que al dejar de considerar a la realidad como algo natural e inevitable, se empieza a considerar que las cosas tal como se encuentran en un momento determinado, son producto de complejos procesos de construcción social. Esta idea es fundamental porque al desplazar la idea de *realidad* como algo existente, dado y verdadero, los imaginarios sociales empiezan a formar parte indudable del entramado simbólico de los procesos de construcción social de la realidad, la sociedad, las ciudades y las tecnologías.

No existe nada en lo social que se dé de una vez y para siempre, sino que todo lo que la conforma es creación de esa sociedad en cada momento determinado. Es decir,

“la sociedad se establece como modo y tipo de coexistencia (...) Es así como la articulación de lo social en técnico, económico, jurídico, político, religioso, artístico, etc., que tan evidente nos parece, no es otra cosa que un modo de institución de lo social particular a una serie de sociedades, entre las cuales se encuentra la nuestra” (Castoriadis, 2003: 31).

La sociedad, entonces, como creación e institución social se funda a sí misma en cada momento estableciendo *su* mundo a través del sistema de significaciones imaginarias sociales que van a definir lo posible y lo imposible, lo verdadero y lo falso, lo que vale y lo que no vale para esa sociedad en determinado período.

Es justamente esta idea de constructivismo radical la que va a contrapelo de muchas de las teorías dominantes en las ciencias humanas. Para Castoriadis (2003) no existe nada por fuera de las significaciones imaginarias con que los hombres construyen y dotan de sentido a las cosas ya que, en una posición extrema, defiende la idea de que la “realidad” y las cosas que el hombre puede “ver” o “reconocer”, pueden existir sólo en la medida en que están instituidas por esos esquemas de significación. Es decir, la relación entre las significaciones imaginarias sociales y la institución de la sociedad con

la “realidad” no es natural, sino social. La sociedad da existencia a las cosas, los objetos, los individuos y las instituciones al fabricarlos como entidades concretas y como ejemplo de lo creado, imaginado e instituido por la sociedad, de lo factible por ser visto, identificado, indagado por los hombres de una sociedad en cierto momento. “El mundo de las significaciones instituido en cada oportunidad por la sociedad no es, evidentemente, ni un doble o calco (reflejo) de un mundo “real”, ni tampoco algo sin ninguna relación con un cierto ser-así natural” (Castoriadis, 2003: 304). Es, en definitiva, la red de significaciones que cohesionan, ordena y mantiene unida a una sociedad y que Castoriadis denomina *magma de significaciones imaginarias sociales* que la sustenta y le da entidad.

“La institución de la sociedad es en cada momento institución de un magma de significaciones imaginarias sociales, que podemos y debemos llamar mundo de significaciones. (...) —la sociedad— instituye un mundo de significaciones que se instituye al instituir el mundo de significaciones que es el suyo y que sólo en correlación con él existe y puede existir para ella un mundo” (Castoriadis, 2003: 312).

Ese mundo específico que se construye a partir de la institucionalización de significaciones imaginarias no sólo le permite definir ese mundo como *su* mundo, sino que le posibilita definirse como *esa* sociedad y no otra. Esto significa que lo que aparece como real para una sociedad depende del imaginario social que, a través de la institucionalización de ese magma de significaciones, dota de sentido a las cosas, que esas cosas tienen y pueden tener cierto sentido en el marco de esa institución social de significados y produce una realidad que se presenta como lo dado, lo natural y lo inevitable para esa sociedad. Esta razón, tan constitutiva de la vida social, es lo que pone en valor los supuestos del constructivismo y, a la vez, lo que dificulta la tarea de poner en evidencia lo obvio, de visibilizar lo que aparece invisible y que es, lo que funciona como articulador de la complejidad del mundo social.

Modos de ser y hacer de las significaciones imaginarias

Las significaciones imaginarias sociales en tanto entramado, marco y condiciones de posibilidad de lo social, poseen ciertas características que



permiten comprender su funcionamiento en los mecanismos de co-construcción simbólica y material de las sociedades. Entre ellas se destacan lo *instituido* y lo *instituyente* que trata principalmente de las *formas de hacer* de las significaciones imaginarias, los mecanismos mediante los cuales la sociedad crea, recrea, transforma e institucionaliza ciertos sentidos. Por otra parte, se distinguen las *formas de ser* de las significaciones sociales, éstas serían las significaciones centrales y las derivadas.

Castoriadis (2003) distingue a las significaciones *centrales* o primeras de las *derivadas* como las *formas de ser* de las significaciones sociales, ya que funcionan como organizadoras del campo de imaginarios sociales. A partir de las significaciones centrales se desprenden series de significaciones derivadas y son estas últimas las que conforman las estructuras o entramados de significación posibles de ser analizados.

Las significaciones *centrales* o primeras son, además de organizadoras del mundo, creadoras de objetos.

“La emergencia de una significación central reorganizan, redeterminan, reforman una multitud de significaciones sociales ya disponibles, a las que al mismo tiempo altera, condiciona la constitución de otras significaciones y acarrea, lateralmente, efectos análogos prácticamente sobre la totalidad de las significaciones sociales del sistema considerado” (Castoriadis, 2003: 318).

Además, las modificaciones en las significaciones centrales repercuten en los modos de vida, las concepciones espacio-temporales que organizan las actividades y los valores, creencias y deseos de la sociedad en cuestión. Es decir que los cambios en las significaciones centrales, al desencadenar una serie de transformaciones sobre los esquemas significantes de la sociedad, impactan también sobre las subjetividades y objetos sociales. Es importante dejar en claro que estas significaciones no se refieren a algo de manera concreta, no dependen de otra significación,

“o más aún, son ellas las que dan existencia, para una sociedad determinada, a la coparticipación de objetos, actos, individuos en apariencia heteróclitos al máximo (...) instituyen un modo de ser de las cosas y los individuos como referido a ellas. En tanto tales, no son necesariamente explícitas para la sociedad que las instituye. Son —explica Castoriadis— presentificadas, figuradas por medio de la totalidad de las instituciones explícitas de la sociedad, y la organización del mundo a secas

y del mundo social que ellas instrumentan. Condicionan y orientan el hacer y el representar sociales, en y por los cuales continúan ellas alternándose” (Castoriadis, 2003: 320).

El autor continúa explicando estas formas de ser de las significaciones imaginarias centrales, aclarando que esa imposibilidad de ligarlas a un objeto como referente se fundamenta principalmente a que esos objetos y esas asociaciones que una sociedad realiza resultan posibles por esa significación central que las une desde lo simbólico. “El ‘objeto’, como referente, es siempre co-construido por la significación imaginaria social correspondiente, tanto el objeto particular como la objetividad en tanto tal” (Castoriadis, 2003: 321). Concluye, entonces, que son referentes de sí misma.

Las significaciones centrales son las que hacen de los sujetos *ciertos* sujetos y no otros, de las cosas esas cosas y no otras, de los modos de vida, las actividades, las creencias, los valores, los tiempos y los espacios esos y no otros. Son la unidad de las significaciones derivadas, son lo que habilita ciertas formas de representar, vivir y hacer en determinada sociedad. Por ejemplo, para Castoriadis (2003), la Modernidad occidental tiene dos significaciones centrales: por un lado, la significación de la expansión ilimitada del dominio racional del mundo y la significación de autonomía que, como expresión de lo imaginario instituyente, se le opone (Cristiano, 2009). La primera se presenta como una ley dada, establecida e incuestionable. Esta significación se puede vincular también con una serie de significaciones derivadas entre las cuales se encuentra la idea del futuro y la técnica mecánica como símbolos y caminos inexorables hacia el progreso. Asimismo, se puede analizar a la inversa. Es decir, por mencionar un caso, que el modelo de producción fordista fue posible sólo en el marco de la Modernidad que fue la significación central que dio sentido y materialidad a determinados aparatos, modos de producción, discursos, imágenes y subjetividades. A partir de las significaciones centrales y derivadas se afirma la trama de significaciones instituidas posibles para una sociedad en un momento determinado, por tal motivo pueden pensarse como condiciones de posibilidad de diversas representaciones, creencias y artefactos. Las significaciones centrales “habilitan”, también, las formas en que una sociedad nombra a sus cosas.



Es necesario destacar que estos procesos de creación y transformación de las significaciones sociales centrales y derivadas se dan de manera ajena a toda intencionalidad, especulación, planificación u orden causal. Los procesos de autonomía buscan la modificación del orden existente y como significación central de la Modernidad impulsa la idea de que la sociedad se hace a sí misma, lo cual habilita acciones, creencias y subjetividades autónomas con fuerza instituyente. En este punto, Cristiano explica que “la democracia en sentido sustantivo consiste en el reconocimiento y la dinamización de las relaciones entre lo instituyente y lo instituido” (2009: 124). No existe nunca primacía de un aspecto sobre otro, no existen tampoco factores determinantes sino que la emergencia, transformación e institucionalización de significaciones imaginarias, podría definirse como un proceso complejo y donde se ven implicados múltiples condicionantes.

El otro punto sobre el que interesa profundizar, se refiere a las *formas de hacer* de las significaciones imaginarias, que podría caracterizarse como una *circularidad constructiva* entre lo instituido y lo instituyente producto de la cual se va *haciendo* la realidad y que mantienen un estrecho vínculo con las formas de ser de las significaciones imaginarias. Entonces, las significaciones imaginarias centrales y derivadas componen el campo de lo imaginario instituido. Castoriadis sostiene que:

“tanto las significaciones imaginarias sociales como las instituciones, una vez creadas, se cristalizan o se solidifican, y a esto lo llamo lo imaginario social instituido. Imaginario que asegura la continuidad de la sociedad, la reproducción y la repetición de las mismas formas, que en lo sucesivo regulan la vida de los hombres y que permanecen hasta que un cambio histórico lento o una nueva creación masiva viene a modificarlas o a reemplazarlas radicalmente por otras” (2000: 95).

Ahora bien, es necesario desglosar y esclarecer algunas de estas ideas. En principio, se considera que lo imaginario *instituido* es el entramado de sentidos a partir del cual una sociedad, en un momento determinado, crea y ordena la realidad, *su* realidad, su mundo. Es lo que cohesiona, une y da entidad a esa sociedad. Estas significaciones instituidas son las que exhiben huellas más tangibles ya que se presentan materializadas y presentificadas, al decir de Castoriadis, en instituciones que, como tales, mantienen cierta

estabilidad. Las funciones que posee lo imaginario instituido radican principalmente en *mantener* y *justificar* el orden social existente. Esto se realiza a través de ciertas operaciones. Entre ellas se destacan tres. La *legitimación* con la cual se explica y se justifica la realidad social mediante discursos que además de dar sentido a esa realidad se presentan como un cuerpo de representaciones coherentes, cerradas y convincentes, o como las define Daniel Cabrera “como explicación, fuente de sentido y plausibilidad subjetiva; esto es las significaciones sociales muestran, contrastan y ocultan, a la vez, la realidad social” (2011: 180). Otra de las operaciones tendientes a mantener el orden social vigente es la *integración* orientando conductas empleando para ello las normas, valores y creencias sociales que determinan lo que está permitido, lo que es esperado y lo que está prohibido en la acción social que, en este marco, resultan también acciones simbólicas, por ser humanas y por estar dentro de entramados de significación. Por último, se encuentra el *consenso* que define los acuerdos sociales tendientes a custodiar y conservar el orden social.

Sin embargo, la estabilidad en la sociedad no es más que algo circunstancial y temporal, por lo cual, como contraparte y complemento de lo instituido, se encuentra lo *instituyente*,⁴ que son las fuerzas movilizadoras y portadoras del cambio social. Lo imaginario instituyente es aquello que crea nuevas significaciones sociales siendo lo nuevo que viene a disputar el entramado de sentidos con lo instituido. De estas disputas muchas veces lo imaginario instituyente termina fijándose, instalándose en la sociedad, transformándose así en lo imaginario instituido con todo su campo de representaciones, creencias, afectos e instituciones. Dentro de las funciones de lo imaginario instituyente, se destacan las de *crear* nuevas significaciones sociales. Esto se produce porque también es su función *cuestionar* el orden social establecido. En la creación a través de lo imaginario instituyente no es posible detectar a un sujeto o grupo de sujetos como causantes de ese nuevo imaginario, sino que el surgimiento de lo radicalmente nuevo se da desde lo anónimo colectivo. Sin embargo, Castoriadis (2000) aclara que las sociedades capaces de cuestionar las significaciones instituidas son, o fueron, casos



excepcionales y menciona a Grecia Antigua donde se originó la democracia y la filosofía, y Europa occidental que fue capaz de cortar con la Edad Media y construir una nueva matriz de significaciones que modelo los múltiples aspectos de la vida social.

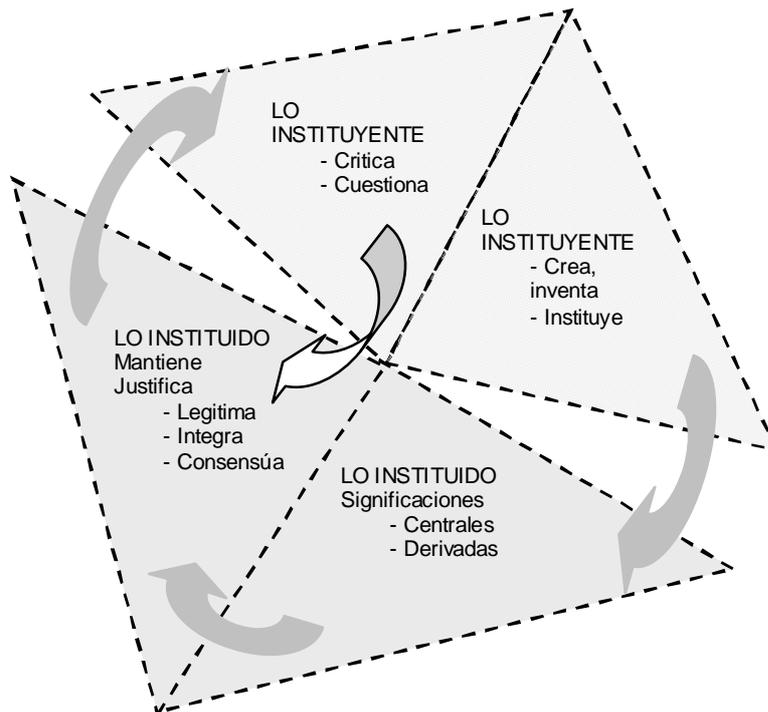


Figura 1: Modelo de circularidad constructiva entre lo imaginario instituido e instituyente.
 Fuente: elaboración propia.

En la figura 1 se busca representar el dinamismo existente entre las significaciones imaginarias sociales instituidas y las instituyentes que promueven la posibilidad de cambio y transformación social. Sin que esta circularidad representativa tenga un punto de inicio concreto, más que en el plano gráfico explicativo, las significaciones centrales y derivadas que componen el campo de lo imaginario instituido, mantiene y justifica el orden social existente. A la vez, lo instituido es factible de ser modificado a través de las críticas y cuestionamientos que pueden ejercer sobre ellas las significaciones instituyentes que crean nuevos campos de sentido, pero que al momento de consolidarse o cohesionarse se instituyen, convirtiéndose así, en los nuevos imaginarios instituidos. De esta manera, a partir de la teoría de los

imaginarios sociales, se garantiza la posibilidad de que la facultad creativa del hombre sea el motor de los procesos de construcción social.

Sobre lo tecnológico y lo imaginario

Es a partir de la institucionalización de las significaciones sociales magmáticas que “tanto los individuos como los objetos pueden ser aprehendidos e incluso pueden simplemente existir; y este magma tampoco puede ser dicho separadamente de los individuos y de los objetos a los que da existencia” (Castoriadis, 2003: 307). Esta idea de Castoriadis es muy importante para pensar las relaciones entre tecnología y sociedad, ya que los objetos, así como los sujetos y las prácticas sociales, estarían dentro de un mismo nivel de análisis. Es decir, no hay preeminencia de los sujetos por sobre los objetos, ni viceversa. Ambos son partes del imaginario social instituido, por lo tanto, se dejan de lado los determinismos sociales o tecnológicos para analizar estas vinculaciones en favor del estudio de los aspectos simbólicos y culturales que componen esos entramados socio-técnicos. Cabrera profundiza en esta idea sosteniendo que “la presencia del aparato en la sociedad dirá algo sobre lo que la técnica es y significa para esa sociedad” (2006: 94). Es, entonces, en el marco de un imaginario social específico que una tecnología puede existir y despertar ciertas creencias, deseos, ideas y sentidos.

El campo de los imaginarios tecnológicos no es un terreno muy explorado aún. Si bien existen numerosos estudios y perspectivas desde las que se trabajan las vinculaciones entre sociedad, cultura y tecnología, se encuentra un área poco explotada en cuanto a los imaginarios tecnológicos puntualmente, ya sea como objeto o como perspectiva de análisis. Al respecto, Daniel Cabrera puede considerarse como un autor de referencia que, adoptando el marco teórico que ofrece la teoría de Castoriadis, desarrolla sus aportes investigando la matriz imaginaria de las nuevas tecnologías. Sus trabajos (Cabrera; 2004, 2006, 2011) resultan fundamentales en esta línea de estudios, entre otras cosas por las contribuciones teórico-metodológico que realiza al trabajar sobre un corpus sumamente heterogéneo donde conjuga



discursos políticos, empresariales, periodísticos y pedagógicos, a partir de lo que logra dar cuenta de las significaciones imaginarias que componen a las tecnologías de información y comunicación, sin por ello dejar de trazar puentes en las vinculaciones con otras tecnologías modernas. Por el contrario, desde su punto de vista, es necesario analizar el recorrido previo que realiza la sociedad para poder entender el “establecimiento de las condiciones de posibilidad y de representación de las tecnologías de información y comunicación” (Cabrera, 2006: 16). Cabrera distingue dos formas de interpretar las tecnologías. Por un lado *desde* lo imaginario, lo cual implica que el marco para comprender a las TIC es el imaginario social moderno y contemporáneo del cual éstas constituyen el corazón creativo del *imaginario tecnocomunicacional*. La otra forma de interpretación es considerar a las tecnologías *como* imaginario, a partir de lo cual las tecnologías “son un conjunto heterogéneo de aparatos, instituciones y discursos que tienen su origen en el imaginario social” (Cabrera, 2006: 18). En este sentido, se pueden analizar las significaciones, representaciones y formas de manifestación de las tecnologías, así como sus condiciones de posibilidad. De esta manera, analizar las tecnologías desde lo imaginario provee el análisis histórico y contextual necesario para trabajar sobre las tecnologías como imaginario.

Como sucede con muchas otras categorías de las ciencias sociales, no existe una definición unificada sobre el término *tecnología*. Hughes, por ejemplo, parte de la definición de Heidegger, quien la consideraba como un ordenamiento del mundo, para explicar que los “sistemas tecnológicos están definidos por los límites del control ejercido por los operadores artefactuales y humanos” (2008: 106). Lo técnico entonces hace referencia a los componentes físicos o a los aparatos de un sistema tecnológico; mientras que los sistemas tecnológicos (o tecnologías) contienen componentes complejos como artefactos legislativos y científicos, organizaciones, instituciones, recursos naturales, entre otros. Desde los Estudios Culturales, pero en sintonía con lo planteado por Hughes –autor de los estudios CTS– la distinción entre *técnica* y *tecnología* es trazada por Raymond Williams (1992, 2009). El autor afirma que una técnica “es una habilidad particular, o la aplicación de una habilidad. Un

invento técnico es, por consiguiente, el desarrollo de dicha habilidad, o el desarrollo o invento de uno de sus ingenios” (1992: 184). Al tiempo que una tecnología es, por un lado, el contexto de los conocimientos que intervienen y son necesarios para el desarrollo de las habilidades y aplicaciones y, por otro lado, es “un marco de conocimientos y condiciones para la utilización y aplicación prácticas de una serie de ingenios” (1992: 184). De esta manera se vinculan los dos marcos de conocimientos, tanto el del desarrollo como el de la utilización. En tanto el primero nuclea conocimientos teóricos y prácticos que provienen de las habilidades y los inventos técnicos, el segundo se relaciona con los usos y los modos de apropiación. Por ello, cuando se analiza un invento técnico es necesario hacerlo en el marco de su tecnología, es decir, de las instituciones sociales que organizan esa cultura. En suma, podríamos entender a la *técnica* como el saber hacer, la habilidad para hacer con; y a la *tecnología* como un sistema complejo en el que intervienen técnicas, artefactos, leyes, instituciones, prácticas culturales y usos. La tecnología es siempre social, sostiene Williams (1992), por esta razón, toda investigación social requiere analizar las vinculaciones entre los inventos técnicos y las tecnologías, es decir, las instituciones que conforman esa sociedad.

En síntesis, la tecnología resulta un producto de complejos procesos de construcción social donde se asocian el conjunto de técnicas, artefactos, discursos, prácticas culturales y contextos de conocimiento. Esta perspectiva implica también un campo de significaciones imaginarias sociales a través de las cuales surge el entramado de afectos, creencias, deseos y esperanzas con que las tecnologías construyen su campo simbólico en cierta especificación espacio temporal. En definitiva, las tecnologías no son sólo productos de procesos colectivos de construcción social, sino también materializaciones e instituciones del magma de significaciones imaginarias sociales. Los imaginarios tecnológicos refieren tanto al magma de significaciones imaginarias sociales que representan los valores, las creencias, los deseos y las formas que pueden adquirir los objetos y artefactos técnicos; como a las habilidades, usos y prácticas que una sociedad desarrolla en cada momento de su historia. En este sentido, el contexto urbano ofrece un campo específico y fecundo



donde problematizar estos procesos y donde analizar las intersecciones entre las culturas tecnológicas y urbanas.

Entramados culturales, imaginarios y tecnológicos

Considerar a las tecnologías como productos culturales implica, también, comprenderlas como manifestaciones y representaciones simbólicas de una sociedad, inmersas en el proceso de institución de esa sociedad. Las vinculaciones entre tecnología y cultura se pueden abordar desde diversos puntos de vista, sin embargo en este apartado se intentará poner en diálogo a Castoriadis, Lewis Mumford y Raymond Williams con el objetivo de problematizar estas asociaciones.

Castoriadis (2003) retoma ciertas ideas de Marx para posicionar su teoría de los imaginarios con relación a las máquinas o las tecnologías. Por un lado, argumenta que cuando Marx hablaba del carácter de fetiche de la mercancía, hacía alusión, con otras palabras, a lo que él denomina significaciones imaginarias sociales. Castoriadis da el ejemplo del oro que para convertirse en moneda requirió de cierto desarrollo histórico-social que demandó un equivalente general en las situaciones de intercambio. Es decir, los aspectos que hacen que tal cosa sea esa y no otra, están relacionados fundamentalmente con el contexto de sentidos donde se inserta. Sin embargo, Castoriadis se distancia de Marx manifestando que se contradice cuando sostiene, por una parte, que la máquina da existencia al capitalismo –determinismo tecnológico–; y por otra, que el capitalismo le da existencia a las máquinas que son en sí neutras. Por esta última afirmación, Marx –y el marxismo, según Castoriadis– va a defender la idea de la necesidad de poner la técnica capitalista al servicio del socialismo, “sin tener jamás en cuenta que la abolición del capitalismo era inconcebible sin una subversión de la tecnología existente” (Castoriadis, 2003: 310). En definitiva, Castoriadis se opone de manera rotunda a la idea de la máquina o la tecnología como neutra, ya que considera que las máquinas del período capitalista son máquinas específicamente capitalistas y utilizadas con fines capitalistas. Las máquinas



son “realmente imposibles fuera del **sistema** tecnológico que ellas mismas constituyen, son encarnación, inscripción, presentificación y figuración de las significaciones esenciales del capitalismo” (Castoriadis, 2003: 309-310). El autor ancla este pensamiento en la idea de que no sólo se trata de las tecnologías capitalistas, sino también de los sujetos capitalistas. En este sentido, se puede establecer un punto de articulación con el trabajo de Castro-Gómez (2009) quien, siguiendo una perspectiva foucaultiana, plantea la hipótesis de que el capitalismo produce, además de un orden geopolítico, una serie de subjetividades sin las cuales no podría existir. De ello se desprende que, por ejemplo, dentro del proceso de industrialización de Colombia, la generación de *subjetividades cinéticas* fue necesaria para que después se incorporaran otras velocidades en los cuerpos y así hacer realidad los proyectos de la elite modernizante de fines del 1800. Esta idea también se halla a lo largo de la obra de Lewis Mumford, quien afirma que “todas las grandes invenciones materiales de los últimos ciento cincuenta años fueron precedidas por un largo período de desarrollo técnico y asimismo por un cambio de espíritu” (1945a: 32).

Pensar las asociaciones entre la tecnología y la sociedad desde una perspectiva cultural, implica, necesariamente, sortear los determinismos que tradicionalmente acompañan los debates en torno a las tecnologías, ya sean las posturas que las ponderan como causa eficiente de los cambios en los procesos sociales, las que las consideran neutras, o aquellas que las definen como respuestas a las demandas sociales. Como sostiene Papalini (2006), entender a las tecnologías implica pensarlas en relación con la totalidad cultural del mundo que las configuran y de la cual resulta, en el sentido que menciona Williams “lo que los determinismos y las presunciones por lo general nos impiden ver es que los inventos técnicos se dan siempre dentro de las sociedades, y que las sociedades son siempre algo más que la suma de relaciones e instituciones” (1992: 184). En esta dirección, Williams (1992, 1996) retoma la discusión y distingue dos posiciones preponderantes. Por un lado el *determinismo tecnológico* en el cual, en concordancia con lo que se describió, la tecnología se descubre y luego genera “las condiciones para el cambio social

y el progreso. El progreso, en particular, es la historia de estas invenciones, las cuales ‘crearon el mundo moderno’” (1996: 158). La otra perspectiva que propone Williams es la *tecnología sintomática* que resulta menos determinista que la anterior pero pondera que las tecnologías constituyen un síntoma o producto secundario de otros cambios sociales. El autor plantea la necesidad de sortear estas posturas clásicas del pensamiento moderno para comprender los procesos tecnológicos que se dan en el marco de una cultura donde no se puede pensar sólo en *intenciones*. La superación que esboza Williams está ligada al análisis de la historia cultural que acompaña no sólo a las tecnologías, sino también a las instituciones, a los modos de producción, circulación, usos y apropiación de las mismas. Por ejemplo, cuando el autor analiza la historia de la televisión como tecnología, afirma que ésta no fue un invento aislado sino que se produjo en el marco de una serie de acontecimientos tecnológicos que posibilitaron su emergencia. Entre ellas menciona a la fotografía, el cine y la radio. Williams recupera una serie de acontecimientos y los pone en relación para comprender por qué el fenómeno cultural de la televisión fue posible en cierto momento. Para ello argumenta que mientras “el desarrollo de la radio, en su etapa científica y técnica importante (entre 1885 y 1911), fue concebido al principio, dentro de sistemas sociales ya efectivos, como una forma avanzada de la telegrafía” (Williams, 1996: 162), el telégrafo surgió como invención para satisfacer una necesidad de comunicación veloz y a distancia, nacida de la compleja situación social que advino con la revolución industrial.

En resumen, las posturas que abordan la problemática de las tecnologías desde una perspectiva cultural e histórica pueden dialogar con las ideas de Castoriadis, ya que para este autor no existen los determinismos. Asimismo, su concepción de cultura permite acercar más aún estas posiciones; Castoriadis sostiene que “la cultura es el ámbito del imaginario en sentido estricto, el ámbito poiético,⁵ aquello que en una sociedad va más allá de lo meramente instrumental” (Castoriadis, 2000: 98). Al ser tanto las prácticas como los artefactos, producto de una matriz de significaciones sociales imaginarias instituidas en y por esa sociedad, cualquier tecnología y técnica



serían impensables por fuera de ese entramado de significaciones que les da existencia y sentido.

Entre la preparación cultural, lo emergente, lo residual y lo dominante

A continuación se presentarán una serie de categorías conceptuales y se relacionarán ciertos fundamentos de Mumford y Williams con el objetivo de organizar un marco que facilite el abordaje de las tecnologías y su análisis en la puesta en relación con los complejos procesos culturales que las componen. Para ello tanto el término *preparación cultural*, como las expresiones *lo emergente*, *lo residual* y *lo dominante*, ofrecen una posibilidad de acceso al estudio de los aspectos de la historia cultural donde se entran las significaciones imaginarias tecnológicas.

Lewis Mumford realizó grandes aportes a la historia de las tecnologías en vinculación a la vida urbana y las ciudades. Marcado por una perspectiva humanista y culturalista, considera la necesidad de incluir el análisis de la historia para comprender los procesos sociales tanto urbanos como tecnológicos, para ello desarrolló el concepto *preparación cultural* (Mumford, 1945a). Con esta noción el autor alude al proceso simbólico, material y cultural a partir del cual una tecnología encuentra terreno fecundo para instalarse y desarrollarse en determinado momento histórico, como así también porqué hay tecnologías que al estar a destiempo con su época, terminan fracasando. Las condiciones sociales, políticas, económicas y tecnológicas conforman el entorno cultural en el que es posible no sólo la invención de artefactos, sino los procesos de apropiación y definición de usos y prácticas culturales que llevan, al mismo tiempo, a modificaciones, extinciones y nuevas creaciones de tecnologías y formas de vida.

En las primeras páginas de su trabajo, Mumford sostiene que:

“para comprender el papel dominante desempeñado por la técnica en la civilización moderna es necesario explorar detalladamente el período preliminar de la preparación ideológica y social. No basta explicarse la existencia de los nuevos instrumentos mecánicos: es necesario asimismo explicar la cultura que estaba pronta a aprovecharlos tan exclusivamente (...) –y continúa– Todos los instrumentos importantes de la tecnología



moderna, a saber: el reloj, la prensa, el molino, la brújula, el telar, el torno, la pólvora y el papel (...) existieron en otras culturas” (1945a: 32-33).

Sin embargo, ni las civilizaciones griegas, árabes o chinas estuvieron tan influenciadas en todos los aspectos de la vida como la sociedad europea occidental por los métodos, técnicas y tecnologías modernas. A lo largo de este trabajo Mumford intenta develar procesos históricos y sociales para comprender las condiciones de posibilidad que permitieron la emergencia de *la máquina*, como denominaba al complejo tecnológico moderno. Es posible, entonces, emplear el término *preparación cultural* para comprender el entramado de significaciones imaginarias sociales que dan sentido y existencia al complejo tecnológico.

Al mismo tiempo que la noción *preparación cultural* permite comprender los procesos socio-culturales de construcción de los imaginarios tecnológicos, Mumford (1945b) propone una serie de categorías –*dominante, emergente, recesivo y sobreviviente*– que, puestas en relación con las elaboradas por Williams (2009) –*dominante, arcaico, emergente y residual*–, complementan e incluso profundizan el trabajo sobre el concepto mencionado anteriormente. Es notable que ambos autores empleen los mismos términos para definir características similares. Sin embargo, aunque Raymond Williams reconoce y retoma ciertas ideas de Mumford, no se han hallado referencias a este último cuando define sus categorías, ni estudios sobre la vinculación entre estos autores respecto estas categorías de análisis en particular.

En primer lugar, por orden cronológico de producción, se encuentran los trabajos de Mumford quien sobre el final de “La cultura de las ciudades” (1959), esboza un breve glosario donde expone los términos *eotécnico, paleotécnico* – términos acuñados originalmente por Patrick Geddes (Mumford, 1945b)– y *neotécnico*; a partir de los cuales introduce las ideas de *dominante, emergente, residual y sobreviviente*. La fase *eotécnica* hace referencia a la etapa inicial de la era técnica moderna, predominante en Europa occidental entre los siglos X y XVIII. La economía se basaba en el aprovechamiento del viento, el agua y la madera para producir energía. En este período se avanzó sobre las industrias de navegación, textiles y de vidrio. La segunda fase es la *paleotécnica* en

alusión a la economía del hierro y del carbón. Es la continuidad de la fase *eotécnica* que es desplazada entre 1850 y 1890 transformándose en *dominante*. Entre los desarrollos más importantes, Mumford menciona los dispositivos automáticos para hilar y tejer. “La economía eotécnica subsistió en forma recesiva hasta 1875” (1959: 617). La siguiente fase se denomina *neotécnica* y refiere a la economía que emergió hacia finales del siglo XIX, sostenida en la electricidad y los metales livianos. Las principales innovaciones técnicas del período fueron el motor eléctrico, la luz eléctrica y las comunicaciones eléctricas –telégrafo, teléfono y radio–. Con relación a esta fase, “el complejo eotécnico es un sobreviviente, el paleotécnico un recesivo, en tanto el neotécnico es un dominante” (1959: 168). Por último, Mumford caracteriza como fase *biotécnica* a la economía *emergente* de mediados del siglo XX y que se distancia del complejo netamente mecánico –*neotécnico*–. Esta etapa se halla definida por las fuertes vinculaciones entre biología, ciencia y técnica.

A través de la definición de las cuatro fases de la cultura tecnológica y social, Mumford (1975b) desliza ciertas características que pueden adquirir los procesos tecnológicos y culturales. En este sentido, lo *emergente* se refiere a lo nuevo que irrumpe en cierta situación espacio-temporal dejando en estado de transición o *receso* a los aspectos instituidos y consolidados hasta ese momento, de lo cual ciertas cosas pueden *sobrevivir* en las fases sucesivas. A medida que estos procesos se despliegan, lo que irrumpe como emergente se torna en *dominante* cuando se instituye como entramado o matriz de significaciones imaginarias, en palabras de Castoriadis (2003). Sin embargo, siempre permanecen fragmentos *residuales* de las fases anteriores que forman parte del ámbito cultural y simbólico del pasado de esa sociedad.

Por su parte, cuando Williams esboza su teoría cultural en “Marxismo y literatura” afirma que en todo proceso cultural se determinan rasgos dominantes, sin embargo éstos no son los únicos aspectos factibles de análisis, ya que “la complejidad de una cultura debe ser hallada no sólo en sus procesos variables y sus definiciones sociales (...) sino también en las interrelaciones dinámicas, en cada punto del proceso, de los elementos históricamente



variados y variables” (2009: 165). Al considerar la cultura como un proceso dinámico, propone una serie de categorías para profundizar en el análisis de los procesos culturales. De esta manera sostiene que es posible enriquecer el análisis histórico –y social– si al abordaje de los aspectos *dominantes* de la cultura se agrega el estudio de los aspectos *emergentes* y *residuales* a partir de los que se producen las vinculaciones y las interrelaciones entre distintos fragmentos de un sistema cultural. Williams expone las dificultades de trabajar con estos conceptos porque el dinamismo de los procesos sociales muchas veces dificulta poder discernir entre fenómenos realmente emergentes. De todos modos plantea que trabajar sobre los aspectos dominantes implica también trabajar sobre los residuales y emergentes porque éstos permiten analizar matices de los aspectos dominantes.

Cuando Williams presenta el término *residual* hace hincapié en no confundir lo residual con lo pasado. Es decir, todas las sociedades consolidan aspectos de su pasado, institucionalizan su cierto pasado como tal –*arcaico*– y eso no puede considerarse como residual puesto que no actúa como presente, sino que lo *arcaico* “se reconoce plenamente como un elemento del pasado” (Williams, 2009: 167). Lo *residual*, en cambio, si bien se generó en el pasado sigue actuando en el presente a través de ideas, valores, creencias, es decir, de distintos dispositivos culturales que aunque se verifican en la cultura dominante son vividos sobre la base de una construcción anterior. Williams explica que la cultura residual puede ser total o parcialmente incorporada por la cultura dominante y esto la distingue, entonces, de los aspectos arcaicos que se viven directamente como parte del pasado. Por otra parte se encuentra lo *emergente* que depende “fundamentalmente del descubrimiento de nuevas formas o de adaptaciones de forma (...) lo que debemos observar es en efecto una pre-emergencia activa e influyente aunque todavía no esté plenamente articulada” (2009: 174) Lo emergente se opone a lo dominante, por eso no es meramente algo nuevo, ya que cosas nuevas se generan constantemente en el ámbito dominante. Williams aclara que ambas categorías –residual y emergente– sólo pueden producirse con relación a lo *dominante* que es aquello que está normalizado e institucionalizado en cierta cultura.



Luego de haber presentado los conceptos de ambos autores, queda en evidencia la estrecha relación que existe entre ellos. Sin embargo estos conceptos no son muy desarrollados por Mumford (1975b) lo cual dificulta la profundización en la comparación de los mismos. De todos modos, estas vinculaciones permiten complejizar el estudio de las significaciones sociales instituidas ya que en ellas se permean aspectos residuales, recesivos y sobrevivientes. Las conceptualizaciones mencionadas son de utilidad para abordar el análisis de los entramados de sentidos sobre las tecnologías en la ciudad. En el cuadro 1 se establecen correlaciones generales de los términos expuestos y, a su vez, se establece un nexo con los conceptos expuestos de Castoriadis (2003).

Cuadro 1: Conceptos vinculantes sobre procesos tecnológicos y culturales.

Autores	Mumford	Williams	Castoriadis
Categorías	Emergente	Emergente	Instituyente
	Dominante	Dominante	Instituido
	Sobreviviente	Arcaico	Instituido e
	Recesivo	Residual	Instituyente

Fuente: elaboración propia.

Tanto Mumford (1945b) como Williams (2009) se refieren a lo *emergente* como aquello radicalmente nuevo que modifica el orden de las cosas, lo cual, al mismo tiempo, se relaciona con lo imaginario instituyente en Castoriadis (2003) que implicaría a las fuerzas movilizadoras y portadoras del cambio social. Luego, siguiendo en esta puesta en relación entre los tres autores, es posible observar que lo *dominante* en Mumford y Williams es equivalente a lo imaginario instituido que presenta Castoriadis. De este modo, es posible ubicar otra serie de nociones que contribuyen a complejizar los análisis culturales sobre diversos fenómenos. En esta dirección se sitúan, por un lado, los aspectos *recesivos* –Mumford– y los *residuales* –Williams– conformados por aquellos aspectos que, originados en el pasado, siguen actuando con fuerza en la base de lo dominante de una cultura. Es un pasado presente y activo, lo que lo diferencia de lo *sobreviviente* y *arcaico* que es aquello que se institucionaliza, se fija como pasado y no sigue actuando en el presente más que como parte

de la memoria y la historia. Sin embargo, si bien estas categorías *a priori* están más vinculadas a los aspectos instituidos de Castoriadis, también se pueden hallar casos en donde esas significaciones a pesar de ser arcaicas o residuales actúen de manera instituyente a fin de modificar el orden establecido.

Por último, es relevante hacer referencia a las posibilidades de emplear estas distinciones conceptuales en el abordaje de las significaciones imaginarias derivadas que son factibles de análisis por tratarse de las huellas, representaciones o materializaciones factibles de ser trabajadas a niveles más empíricos. En el cuadro 2 se sintetizan los sentidos que componen los aspectos –sobrevivientes, dominantes y residuales– factibles de análisis.

Cuadro 2: Matices de las Significaciones Derivadas.

Significaciones Derivadas	Sobreviviente o Arcaico	Sentidos que forman parte del pasado y están instituidos como tales
	Dominante	Sentidos hegemónicos dentro del campo simbólico. Actúan siempre en el presente
	Recesivo o Residual	Sentidos hegemónicos del pasado que siguen actuando con menos fuerza

Fuente: elaboración propia.

Asociaciones derivadas: cultura, tecnología y ciudad

Retomando los interrogantes planteados en la introducción, ahora estamos en condiciones de afirmar que no es posible comprender la técnica, las tecnologías, las ciudades, las formas de construir y habitar de los hombres sin considerar, en los procesos de construcción social, a los imaginarios instituidos, ya que es a partir de éstos que una sociedad, mediante los procesos de socialización de sus miembros, va instalando lo que es real, creíble, valioso y lo que no. Al mismo tiempo que el análisis de los aspectos instituyentes puede arrojar información sustancial sobre la emergencia de nuevas posibilidades, sentidos y valores.

Desde la perspectiva planteada en este trabajo, las ciudades, al igual que las tecnologías, son consideradas como producto de los procesos

colectivos de construcción social, es decir que son, en sí mismas, instituciones del magma de significaciones imaginarias sociales que se instituyen en ese mismo proceso intrínsecamente cultural. Por eso cuando se hace referencia a la ciudad como campo de significaciones se está afirmando también que la ciudad es un *entramado socio-técnico-cultural*⁶ en el cual lo simbólico es constitutivo, es lo que le otorga entidad incluso a los aspectos materiales de la misma. Esta posición a su vez conlleva un tratamiento analítico que conserva la perspectiva histórica y permite considerar las representaciones arquitectónicas y urbanísticas, sociales, culturales y tecnológicas que la componen.

Estos aspectos son los que brindan información acerca de las condiciones de posibilidad que se generan con la institucionalización de cierto imaginario social. A partir del análisis de las significaciones derivadas, es decir, las representaciones y/o materializaciones a través de las cuales el imaginario central actúa y se expresa, es posible acceder a múltiples fragmentos de sentidos de la ciudad que la componen, de manera dinámica e inacabada, como un campo de significaciones.

En definitiva, toda época histórica puede ser caracterizada a través de los diversos imaginarios sociales que circulan en función de múltiples objetos. Las tecnologías y las ciudades son construcciones sociales que se implican, se incluyen, y por esta razón, tanto los imaginarios tecnológicos como los imaginarios que versan sobre lo urbano interactúan en los procesos de construcción de la ciudad y los modos de vida que en ella se desarrollan.

En este sentido, se propone el término *imaginario urbano tecnológico* para indagar las vinculaciones existentes entre las ciudades y las tecnologías ya que permite reunir diversos fenómenos que se encuentran funcionando de manera complementaria, simultánea e interactiva. Pensar en las ciudades, en su creación y en la constitución de una cultura urbana, conduce necesariamente a reflexionar sobre los procesos tecnológicos que se han ido acoplando en ellas, condicionando no sólo las características urbanísticas de cada época, sino también las ideas, los artefactos, la cultura y las formas de vida urbanas y tecnológicas. La ciudad, como tecnología social organizativa de habitar el mundo, es indisoluble de sus tecnologías.

Se puede afirmar que las significaciones imaginarias en torno a las tecnologías resultan un aspecto destacado para comprender los procesos sociales que se han generado en las ciudades, sobre todo desde la época moderna y con gran impulso en la actualidad. Los artefactos y las relaciones que una sociedad tiene con ellos en cada momento arrojarán información sobre lo que esas tecnologías significan para esa sociedad, cómo participan de la construcción de esa identidad urbana y los valores, creencias, deseos y desconfianzas que se depositan en las tecnologías y a partir de los cuales se esgrimen políticas públicas, prácticas sociales y modos de apropiación tecnológica.

Consideramos que la perspectiva de análisis de y desde los imaginarios sociales resulta apropiada y fecunda para dar cuenta de las condiciones de posibilidad de ciertas relaciones simbólicas y materiales entre las ciudades y las tecnologías. Esto se debe a que ésta, al considerar a los imaginarios sociales como la base imaginativa de ese proceso de construcción y de identidad, permite acercarse a la comprensión del proceso de dotación de sentido a las cosas, los discursos, las creencias, los deseos, las representaciones y las instituciones. A partir de ellos, podemos vincular el análisis de los procesos tecnológicos poniendo en tensión los aspectos instituidos e instituyentes –*modos de ser y hacer* de las significaciones sociales– que permiten desglosar, al menos en parte, el entramado simbólico que los caracteriza. En este sentido, es importante complementar estas categorías con la reconstrucción de las condiciones de posibilidad de esos procesos, la *preparación cultural* que ha transitado esa sociedad para definir los modos de construcción de las ciudades, las formas que va tomando el habitar, las ideas proyectadas en los distintos espacios urbanos, los valores que se proyectan en las políticas públicas, entre algunas de las problemáticas factibles de ser trabajadas desde este enfoque. Para ello, son relevantes las características que adquieren los diversos elementos que intervienen en estos procesos culturales. Con ello hacemos referencia a los aspectos *residuales*, *arcaicos*, *dominantes* y *emergentes* factibles de ser indagados a partir de una perspectiva histórica y cultural. Un análisis de este tipo permitirá reconstruir

algunos fragmentos del entramado de asociaciones simbólicas y materiales que configuran la cultura urbana y tecnológica.

En síntesis, la intersección explorada entre los imaginarios sociales y los estudios culturales brinda las herramientas necesarias para encarar, desde una lógica relacional, flexible e interpretativa, el análisis histórico y contextual necesario para trabajar sobre las tecnologías y las ciudades como materializaciones del mismo imaginario social dominante.

Por último, esperamos que esta primera reflexión sea una motivación para poner en tensión y debate esta matriz de análisis y explorar casos concretos donde experimentar las convergencias teóricas planteadas.

Referencias bibliográficas

- BACHELARD, Gastón. (1983). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica. (Versión original 1957).
- BACHELARD, Gastón. (1993) *La poética de la ensoñación*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica. (Versión original 1960).
- BELINSKY, Jorge. (2007). *Lo imaginario: un estudio*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- CABRERA, Daniel. (2004). "La matriz imaginaria de las nuevas tecnologías", *Revista Comunicación y Sociedad*, 8, 9-45.
- CABRERA, Daniel. (2006). *Lo tecnológico y lo imaginario. Las nuevas tecnologías como creencias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- CABRERA, Daniel. (Coord.). (2008). *Fragmentos del caos. Filosofía, sujeto y sociedad en Cornelius Castoriadis*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- CABRERA, Daniel. (2011). *Comunicación y cultura como ensoñación social*. Madrid: Fragua.
- CARTA DE ATENAS. (1993). Barcelona: Ed. Planeta. (Versión original 1933).
- CASTELLS, Manuel. (1995). *La ciudad informacional. Tecnologías de la Información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza Editorial. (Versión original 1989).

- CASTORIADIS, Cornelius. (1997). *El mundo fragmentado*. Buenos Aires: Altamira.
- CASTORIADIS, Cornelius. (1999). *Figuras de lo pensable*. Madrid: Frónesis-Cátedra-Universitat de Valencia.
- CASTORIADIS, Cornelius. (2000). *Ciudadanos sin brújula*, México: Ed. Coyoacán.
- CASTORIADIS, Cornelius. (2003). *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires: Tusquets. (Versión original 1975).
- CASTRO GÓMEZ, Santiago. (2009). *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Colombia: Ed. Pontífica Universidad Javeriana.
- CRISTIANO, Javier. (2009). *Lo social como institución imaginaria. Castoriadis y la teoría sociológica*. Villa María: EDUVIM.
- ECHEVERRÍA, Javier. (1994). *Telépolis*. Barcelona: Ediciones Destino.
- HUGHES, Thomas. (2008). La evolución de los grandes sistemas tecnológicos. En Hernán Thomas y Alfonso Buch (Comps.), *Actos, actores y artefactos: sociología de la tecnología* (pp. 101- 145). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- LASH, Scott. (2005). *Crítica de la información*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LÉVY, Pierre. (2007). *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*. Barcelona: Anthropos.
- MASSEY, Doreen. (2008). *Ciudad mundial*. Venezuela: Ed. Fundación el perro y la rana.
- MAUSS, Marcel. (1979). *Sociología y Antropología*. Madrid: Editorial Tecnos.
- MITCHELL, William. (1995). *City of bits. Space, place and the infobahn*. Cambridge, MA: The MIT PressEnlaces.
- MUMFORD, Lewis. (1945a). *Técnica y civilización, Tomo I*. Buenos Aires: Emecé.
- MUMFORD, Lewis. (1945b). *Técnica y civilización, Tomo II*. Buenos Aires: Emecé.
- MUMFORD, Lewis. (1959). *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires: Emecé.



- PAPALINI, Vanina. (2006). "Para una discusión sobre la tecnología". *Astrolabio*, 2. Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/160/160>
- SASSEN, Saskia. (1991). *La ciudad global*. Nueva York, Londres, Tokio. Buenos Aires: EUDEBA.
- SARTRE, Jean Paul. (1936). *La imaginación*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SARTRE, Jean Paul. (1982). *Lo imaginario*. Buenos Aires: Losada (Versión original 1940).
- SCAVINO, Dardo. (1999). *La filosofía actual. Pensar sin certezas*. Buenos Aires: Paidós.
- SCHIAVO, Ester. (2004). *Des Réseaux Techniques Urbains aux Technologies de la Société de l'Information*. Lille: Atelier National de Reproduction de Thèses.
- WILLIAMS, Raymond. (1992). *Historia de la comunicación*. Cambridge: Ed. Bosch.
- WILLIAMS, Raymond. (1996). "Tecnología y sociedad". *Revista Causas y Azares*, 4, 155-172.
- WILLIAMS, Raymond. (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta. (Versión original, 1977).

Notas

¹ Este trabajo es una adaptación del marco teórico desarrollado en la tesis doctoral: "Imaginario urbanos y tecnológicos en los procesos de construcción material y simbólica de la ciudad moderna y contemporánea. El caso de la ciudad de Rosario en el contexto de las metrópolis del interior de Argentina", financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas –CONICET– a través de una beca de posgrado.

² El giro lingüístico es un constructivismo radical en el cual se considera que son los discursos los que construyen la realidad. El lenguaje deja de ser concebido como medio objetivo, neutral y transparente o vehículo de representación del mundo para pasar a ser un constructor del mundo. De esta manera se transforma en el material mediante el cual es posible analizar y comprender las significaciones sociales. Con el giro lingüístico el mundo deja de ser un conjunto de elementos que primero se presentan y luego son representados por el lenguaje – lógica representacionalista–, y pasa a ser una interpretación cultural (Scavino, 1999).

³ En la escuela francesa también es posible hallar a Gilbert Durand quien, contemporáneo a Castoriadis y heredero de Bachelard, elaborará una teoría de lo imaginario vinculada a la hermenéutica.

⁴ En la fuerza instituyente Castoriadis deposita la potencia del cambio social y a partir de este concepto desarrolla sus ideas más políticas sobre la autonomía del sujeto. Este tema se puede

profundizar sobre ello en sus obras *El mundo fragmentado* (1997), *Figuras de lo pensable* (1999) y *Ciudadanos sin brújula* (2000), entre otros trabajos.

⁵ El término *poiético* refiere a todo proceso creativo, es decir a la facultad de imaginación, creación y producción enmarcadas en el proceso social e histórico que permite que una sociedad construya su mundo y lo dote de sentido.

⁶ La noción *socio-técnico-culturales* es trabajada por Manuel Medina en el prólogo al libro de Pierre Lévy *Ciberculturas* (2007). Lo que realiza Medina es un abordaje epistemológico de la obra de este autor enmarcada en los Estudios Sociales de Ciencia y Tecnología, también denominados CTS (sobre esta corriente avanzaremos más adelante). El concepto de sistemas socio-técnico-culturales alude a la superación de los determinismos y la necesidad de incluir aspectos sociales, culturales y tecnológicos en los estudios de los medios culturales tecnológicos. Uno de los objetivos de esta clase de estudios consiste en mostrar cómo surgen y se transforman sistemas sociales y culturales particulares a partir de la mediación de sistemas tecnológicos. Es en este punto donde converge nuestro interés de análisis tomando a la ciudad como ese objeto construido – y en construcción– en relación a la capa tecnológica digital que se imbrica en su trama.

Fecha de recepción: 14 de abril de 2014. Fecha de aceptación: 10 de junio de 2014.